

toda clase, como asimismo en las máquinas agrícolas que la escasez de brazos rurales iban pronto á hacer muy necesarias. Entonces fué cuando se vislumbraron las numerosas aplicaciones de la electricidad. Entonces fué cuando se reveló la apropiación del gas para los aparatos de calefacción. Entonces fué cuando ciertas substancias, como la goma elástica, empezaron á encontrar toda clase de utilidades preciosas en la industria. Entonces fué cuando aparecieron los procedimientos químicos que habían de permitir la conservación de tantas substancias alimenticias. De todos los descubrimientos modernos, el que más encantó fué el de la fotografía: la mayor parte de los visitantes, que aún no conocían más que las groseras pruebas sobre cristal, se detenían maravillados ante las sorprendentes reproducciones de toda clase de paisajes y monumentos. Al mismo tiempo se vieron desarrollarse las más felices creaciones de lo que llevó los nombres de artes decorativas y artes industriales. En aquella época de alarmante carestía, una galería llamada de *Economía doméstica* tuvo también el privilegio de llamar la atención de todas las almas generosas que aspiraban á poner al alcance de la inmensa mayoría las ventajas reservadas hasta entonces á unos pocos: organizada por la iniciativa tan inteligente como humanitaria de algunas personas de bien, aquella sección ofrecía el más ingenioso conjunto de todos los objetos baratos que podían asegurar la subsistencia de las familias pobres, y el interés de la obra fué tal, que el catálogo se agotó y tuvo que reimprimirse (1).

La Exposición era, por consiguiente, una fiesta para los hombres aficionados á los placeres á quienes embriagaba el bullicio, y un objeto de meditación profunda para los hombres laboriosos que se esforzaban en medir las consecuencias científicas, industriales ó sociales de los inventos recientes. El torbellino mundano que agitaba á los unos y las grandes preocupaciones que absorbían á los otros no dejaban tiempo para pensar en lo demás. Sin embargo, entre las galerías del palacio, había una que despertaba imágenes y recuerdos muy diferentes por medio de una viva representación: era aquella en que se hallaban instalados los coches modelos de ambulancia, los instrumentos de cirugía y los aparatos para los heridos. En presencia de aquella instalación se entristecían los semblantes, se oprimían los corazones, y por las mejillas que palidecían súbitamente, rodaba más de una lágrima. Se recordaba con una mezcla de piedad, de admiración y de remordimiento, á los que, en medio del aturdimiento de las fiestas, eran con harta frecuencia olvidados, á los que entonces sufrían y morían quizá para asegurar á la patria medio distraída ó indiferente el gigantesco trofeo de Sebastopol rendida. Aquella austera evocación perseguía al visitante hasta en la galería de juguetes, donde uno colosal, obra de un fabricante de Berlín, representaba por medio de piezas de estaño todas las peripecias de la batalla del Alma. La mayoría de los visitantes proseguían su visita pensativos y tristes. Pero pronto á los alegres sonos de las orquestas, en medio de los rumores de la muchedumbre y del atractivo de los espec-

(1) Véase *Rapport du prince Napoleon*, págs. 59 y siguientes. — Véase también la *Vie de M. Cochin*, por el Sr. de Falloux, páginas 91 y siguientes.

táculos, aquella impresión se borraba, y el París entusiasmado de entonces volvía á apoderarse con su implacable egoísmo de las almas que le habían escapado un instante.

El público de la Exposición no solamente asistía al espectáculo de una imponente solemnidad industrial, sino que recibía la sorprendente impresión de una gran capital que se reconstruía toda entera. Aquella transformación de París fué una de las obras principales del segundo Imperio, obra que continuó durante todo el reinado y cuyos comienzos conviene señalar aquí.

Inmediatamente después del golpe de Estado, Napoleón dispuso por medio de decretos algunos de los proyectos debatidos durante los regímenes anteriores. Decidió la construcción del palacio de la Industria, el ensanche del perímetro del mercado Central y la terminación del Louvre. Al mismo tiempo, la ciudad, que había adquirido el bosque de Boloña, había empezado los trabajos para transformar aquel paseo monótono en un inmenso parque de recreo. En la misma época nació el pensamiento de abrir grandes vías de comunicación entre las estaciones y los barrios del centro: el bulevar de Sebastopol, destinado á unir el desembarcadero del Este con el bulevar Saint-Denis, fué la primera realización de aquel proyecto. Luego la calle de Rívoli fué prolongada más allá de la plaza del Louvre. A la izquierda del Sena se empezó la calle de las Escuelas, primera tentativa para distribuir luz á través de los callejones que bajaban de la montaña de Santa Genuveva.

En la ignorancia de lo porvenir, no faltaron almas timoratas que se alarmaron. Sus temores eran dos: el de que la abundancia de trabajo atrajese á París una masa de obreros demasiado grande, en perjuicio de los campos privados de brazos y quizá con peligro de la tranquilidad pública (2); el otro temor era el de que se comprometiese temerariamente la hacienda municipal. No pensaba así el emperador, para quien la Comisión municipal era excesivamente circunspecta. El Sr. Berger, entonces prefecto del Sena, le parecía demasiado *edil á la antigua*. Aquella desconfianza en los agentes oficiales le hacía buscar algunos colaboradores secretos en compañía de los cuales hacía estudios con el plano de París á la vista. Una de las ambiciones de Napoleón consistía en marcar con su sello la gran ciudad y dejar sobre los edificios la traza indeleble de su reinado. Para esto buscó un cooperador que fuese digno de comprenderlo, y encontró en Haussmann el hombre que buscaba.

Este personaje famoso fué instalado el 1.º de julio de 1853 en la Casa de la Ciudad, donde reinó durante diez y seis años como dictador. Tenía la experiencia de una larga carrera administrativa, pues había recorrido todo el escalafón bastante aprisa para que fuese aún joven y con bastante lentitud para no parecer un favorito ni un advenedizo. Prefecto del Yonne y del Var, dos departamentos agitados por el socialismo, distinguióse por su actividad, por su serenidad y por su energía; nombrado después prefecto de Burdeos en recompensa de sus

(2) Véase Circular del ministro de la Policía general á los prefectos, 17 de abril de 1852 (*Monitor* del 19 de abril de 1852).

servicios, recibió allí á Luis Napoleón y le oyó pronunciar el discurso de que salió el Imperio. Varias circunstancias secundaron su fortuna: al nacer, en 1809, el príncipe Eugenio le apadrinó en el bautismo; en 1830 fué levemente herido de un balazo durante las jornadas de Julio, y aquella oportuna herida le valió un empleo oficial. Otra feliz casualidad hizo que se encontrase en París el 1.º de diciembre de 1851 y que, al día siguiente, fuese uno de los primeros en saludar á Morny. Sin embargo, Haussmann no debió su encumbramiento á

cumplimiento, fué una lección seca y áspera. Delangle hizo grandes elogios de Berger y deploró su prematuro retiro. Después de lo cual, con estudiada brevedad, manifestó su respeto por las decisiones del emperador, y sus promesas de concurso encerraron una reserva. «Podéis contar con nuestro apoyo, dijo, *para todas las medidas que no sean superiores á las fuerzas de la ciudad.*» El nuevo prefecto adivinó la hostilidad, pero, como hombre que aplaza su desquite, fingió no observarla. Y se desquitó con sus subordinados. «Habla á mis



El barón de Haussmann

la intriga ni á su abnegación. Lo que el emperador adivinó en él fué una fuerza de voluntad que todo obstáculo excitaba, en vez de abatirla; una osada iniciativa capaz de aceptar tranquilamente todas las responsabilidades; una disposición resuelta á no escatimar las fuerzas de los demás ni las suyas propias; una personalidad exigente é imperiosa que no se doblegaría ante ningún rival, declarado ú oculto; y, por añadidura, un respeto tan escaso á la legalidad que se prescindiría de ella sin escrúpulos, si no se la podía eludir. Rouher dijo un día de Haussmann: «Todo es grande en él, lo mismo los defectos que las cualidades (1).» Juicio que se aplica no solamente al hombre, sino que también á la obra que va á salir de sus manos.

En la Casa de la Ciudad al ver llegar un prefecto ajeno á la política, poco relacionado con la sociedad parisiense, desconocido de casi todo el mundo, no cupo duda que se trataba de una hechura exclusiva del soberano, destinada á ejecutar planes extraordinarios y costosos. El discurso de Delangle, presidente de la Comisión municipal, resintióse de aquellos temores. Más que un

empleados, decía él, como un jefe militar habla á su tropa (2).» Sin embargo, dióles á entender claramente que si exigía trabajo y sumisión, sabría discernir y recompensar uno y otra. Con este lenguaje autoritario, sentó desde el primer día su prestigio y se presentó como amo á quien era útil servir y peligroso irritar. Puso manos á la obra, sin hacer caso de una malevolencia que sabría vencer; confiado en sus fuerzas, en su energía y en su suerte; deseoso, sobre todo, de que ningún papel eclipsase ó superase al suyo; y esta pretensión no era excesiva, pues de todas las creaciones del segundo Imperio la suya es casi la única que ha sobrevivido completamente.

Las *memorias* presentadas por Haussmann á la Comisión municipal permitían apreciar las ideas generales que le inspiraron. Su plan, trazado desde un principio á grandes líneas, tuvo cuatro fines principales: aislar los grandes edificios, palacios, iglesias, cuarteles, etc., á fin de que fuesen de un aspecto más agradable á la vista, de un acceso más cómodo en los días de fiesta y de una defensa más fácil en los días de revolución;

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 134. TOMO XI

(2) Haussmann, *Mémoires*, tomo II, pág. 85.

—mejorar el estado sanitario por medio de la destrucción sistemática de las calles y callejones infectos ó mal reputados, verdaderos focos de epidemias y desmoralización;—asegurar la tranquilidad pública por medio de la creación de grandes bulevares que dejaran circular no sólo el aire y la luz, sino que también las tropas;—facilitar, en fin, la circulación en las proximidades de las estaciones por medio de grandes vías de penetración que condujesen directamente los viajeros al centro del comercio, de los placeres y de los negocios, y evitasen las obstrucciones, los retrasos y los accidentes. Tales fueron las ideas primordiales del plan de Haussmann, ideas eminentemente justas y prudentes, pero que habían de sufrir más tarde extraordinarias desviaciones. El nuevo prefecto no se ocupó mucho del arte, no por desdén, sino en parte por ignorancia y en parte por la imposibilidad de atender á todo. De aquella grande empresa había de salir una ciudad nueva ó al menos renovada, más uniforme que bella, y llena de esplendores, pero de esplendores algo vulgares que podían copiarse en todas partes. Ciertamente es que para copiarlos hacía falta un gran poder arbitrario y mucho dinero. La arbitrariedad Haussmann la llevó á un grado inaudito; pero de esto hablaremos más tarde. En cuanto al dinero, el emprendedor prefecto no tardó en proclamar este principio: «Los gastos extraordinarios no son los enemigos de los presupuestos; hechos con inteligencia, lejos de empobrecer, enriquecen y traen un aumento general de la renta (1).» Puesta su fe en esta máxima, abrió todas las esclusas, y, cuando se formulaban algunos temores, contestaba apropiándose la frase de Luis XIV á Mansart: «Edificad, edificad sin cesar; haremos el anticipo y los extranjeros nos reembolsarán.»

La primera aplicación de aquel grandioso plan había de ser la apertura de dos grandes arterias perpendiculares una á otra y que se cruzarían en ángulo recto en el centro de la capital. Fué lo que se llamó la *gran encrucijada de París*. Una de estas vías, yendo de Norte á Sur y partiendo de la estación del Este, estaba ya abierta, con el nombre de bulevar de Estrasburgo, hasta la puerta de San Dionisio, desde cuyo punto, con el nombre de bulevar del Centro, nombre que pronto había de cambiar por el de Sebastopol, se abría paso entre las calles de San Dionisio y San Martín para desembocar en la plaza del Châtelet. En el pensamiento de Haussmann no terminaría aquí, sino que cruzaría el Sena y la Cité, subiría por la montaña de Santa Genoveva y se prolongaría á lo largo del Luxemburgo hasta el Observatorio. La otra vía, de Oeste á Este, sólo exigiría, para ser completada, la terminación de la calle de Rívoli hasta la de San Antonio; y quedaría entonces establecida, por una ruta verdaderamente triunfal, la comunicación directa entre la barrera de la Estrella y la barrera del Trono. El punto de intersección de estas dos grandes arterias se hallaría al pie de la torre de San Jaime, viejo monumento aislado.

Aquel proyecto magistral realizaba á las mil maravillas todas las ventajas principales que se buscaban; y las dos grandes vías trazadas fueron como el armazón al cual se unió todo el resto. Pero, en lo sucesivo, los miembros desprendidos de aquel tronco vigoroso se ex-

(1) Haussmann, *Mémoires*, tomo II, pág. 265.

tendieron y multiplicaron en demasía, para ramificarse al azar en todas direcciones; entonces llegó la era de las combinaciones fundadas en el capricho ó la especulación, de los presupuestos costosos, de los cálculos quiméricos, en una palabra, de todos los abusos de que hablaremos más tarde; pero estos abusos no dispensan de elogiar la inteligencia osada del plan primitivo.

A cortos intervalos, sucediéronse los decretos que autorizaban aquellas grandes transformaciones.

El Cuerpo legislativo, que en lo porvenir había de censurar tantas veces las temeridades de Haussmann para autorizarlas al fin, fué llamado por primera vez en 1855 á apreciar la nueva obra, á propósito de un empréstito municipal de 60 millones destinado á pagar los comienzos de la grande empresa. El dictamen de la comisión, confiado al Sr. de Voize y más desarrollado que de costumbre, reveló bien el verdadero pensamiento de los diputados, que se resumía en una aprobación administrativa mezclada ya con prudentes advertencias. El proyecto de Haussmann era considerado como grandioso, apropiado á las necesidades de la época, y por consiguiente necesario. Bajo esta adhesión, que en ciertos pasajes del dictamen tomaba trazas de apología, se ocultaban algunas críticas discretas. Se preguntaba si los trabajos escalonados, no ya en cinco anualidades como se establecía en el proyecto, sino en mayor espacio de tiempo, no hubiera podido satisfacerse con los excedentes de los arbitrios municipales. Se temía que aquellas demoliciones y construcciones tan considerables determinasen una excesiva elevación de precio de los materiales, de la mano de obra y de los alquileres. Temíase en fin que la aglomeración de tantos obreros en París crease dificultades, y este último peligro era señalado con marcada insistencia, pues desde 1848 y la crisis de los talleres nacionales, este temor dominaba en el ánimo de todos los hombres de orden.

Si he mencionado esa inofensiva crítica, ha sido únicamente por escrúpulo de exactitud. Dado el descrédito del Cuerpo legislativo, Haussmann no hizo gran caso de ella, y el público no hizo caso alguno. ¿Es esto decir que el pueblo de París fuese un testigo distraído ó indiferente? De ninguna manera. La empresa de su prefecto ocupaba un lugar preferente en sus pensamientos y en sus conversaciones. Cada cual lo apreciaba según sus propias miras, sus tendencias ó sus intereses. Los arqueólogos denunciaban la destrucción del pasado y casi imputaban á Haussmann todo lo que había desaparecido desde hacía un siglo. Los sedentarios identificados con sus viejas viviendas no podían consentir en cambiar de domicilio. Los delicados y los sibaritas trinaban contra la sierra de los canteros y el polvo de las demoliciones. Los chocarreros proponían la expropiación en masa de París. Las víctimas más interesantes del nuevo estado de cosas eran los pequeños rentistas y los empleados subalternos que luchaban penosamente contra la *subida de los alquileres*, consecuencia de una población flotante muy crecida y de las demoliciones practicadas en los barrios más habitados. En largas notas redactadas á intervalos casi periódicos, el *Monitor* (2) predicaba la paciencia. Afirmaba que el mal sería pasajero,

(2) Véase principalmente el *Monitor* de 21 de abril de 1853, de 6 y 27 de abril de 1854, y de 23 de septiembre de 1856.

que éste se hallaba compensado por el aumento de los salarios, que espaciosos barrios obreros ofrecerían pronto alojamientos nuevos en mayor número de los destruidos por la piqueta de los demoleedores, y seguían á estas palabras algunos principios de economía política consoladores y apropiados á las circunstancias. Pero aquellas homilias filantrópicas no disminuían el malestar que llegó á ser muy grande y se tradujo en actos de desorden al vencimiento de los alquileres.

El remedio nació en parte de la causa misma que había determinado el mal. Empobrecido de pronto por la obra de su prefecto, el parisiense, siempre ingenioso, aprendió en breve el arte de sacar partido de ella, merced á la práctica de las expropiaciones. Para reclamar indemnizaciones crecidas, los propietarios expropiados presentaron recientes contratos de arriendo con importantes aumentos; por su parte, los inquilinos expulsados invocaron la escasez y el aumento de precio de habitaciones y tiendas, hicieron valer las dificultades y los apuros de la busca de casa, la pérdida de tiempo y de clientela, y lo evaluaron todo, hasta el sentimiento que les causaba el tener que abandonar sus queridos lares. Bajo esta doble presión, prevalecieron los justiprecios más altos. En 1855 Haussmann escribía: «Siento haber de decir que las estimaciones del jurado han excedido siempre á nuestros cálculos (1).» El prefecto del Sena trató de evitar aquel jurado creando en la Casa de la Ciudad una comisión especial destinada á oír á los interesados y procurar arreglos amistosos (2). Pero los parisienses desdeñaron semejantes tentativas de conciliación y continuaron apelando cada vez más á la justicia de los jurados, expropiados de ayer ó de mañana, y encantados de desplegar una generosidad que nada les costaba. Lo que al principio no había sido más que una ocasión aislada de beneficio convirtióse con el tiempo en una industria sabiamente organizada. Se aprendió á renovar los arrendamientos en visperas de las expropiaciones, á fin de crearse así un título para la indemnización: se procuró adivinar los secretos del municipio á fin de instalarse en el camino de las demoliciones, lo que permitiría aparecer como víctima una y otra vez y enriquecerse con sucesivos cambios de casa. Presentáronse inventarios y libros comerciales falsos y se instalaron mercancías prestadas. Surgieron bandadas de agentes de negocios para guiar á los interesados faltos de experiencia, sugerirles subterfugios y operar de cuenta y mitad con ellos. La jurisprudencia mostróse generalmente rigurosa para con la administración. Así fué que más tarde consagró el derecho inmediato de los inquilinos á la indemnización, aun cuando se les dejaba el libre uso de sus contratos de alquiler. «¿Cómo ha hecho usted su fortuna?» preguntaron á un rico de nuevo cuño. Y él contestó: «He sido expropiado (3).» Estos abusos no llegaron al escándalo hasta años después, pero desde la época que reseñamos se puede observar su origen y sorprender los primeros ejemplos. Haussmann se esforzó en combatir una profesión tan desastrosa para la ha-

cienda municipal; después se resignó y, como hombre hábil que era, supo sacar partido del mal mismo. Cuando se reprochó más tarde lo excesivo de sus gastos, los explicó con la cifra extraordinaria de las indemnizaciones, y puso tan á la vista las prodigalidades del jurado, que se tuvieron tentaciones de olvidar las suyas.

Mientras tanto, aquella gran transformación de la ciudad era una permanente distracción y un continuo espectáculo, lo mismo que las especulaciones de la Bolsa, las fiestas de la corte, los misterios del espiritismo y los esplendores de la Exposición. Por encima de las quejas de los unos y de los cálculos de los otros, la curiosidad dominaba. Cada domingo, los obreros y comerciantes dirigían sus paseos hacia los barrios en transformación, y se distraían marcando los progresos de la semana transcurrida ó formando toda clase de conjeturas para lo porvenir. Desde la estación del Este hasta el bulevar de San Dionisio, el bulevar de Estrasburgo alineaba ya su larga serie de vastas casas regulares á imagen de las cuales iba á ser reconstruido el nuevo París. Al Sur del bulevar, entre las calles de San Dionisio y San Martín, reinaban vastísimas ruinas. Todas las callejuelas en que con frecuencia habían tenido sus principales focos las revoluciones iban á desaparecer. Bajando hacia el Sena y acercándose á la Casa de la Ciudad, se hallaba el mismo espectáculo de demoliciones. Por entre casuchas destripadas aparecían, á un lado la Casa municipal que empezaba á aislarse; al otro lado la torre de San Jaime, desembarazada de las construcciones que la ocultaban, y más allá la plaza del Châtelet. La calle de Rívoli, aunque inacabada, prometía ser soberbia. El Carrousel quedaba definitivamente desembarazado de las feas construcciones que lo habían obstruido tanto tiempo. Un arte lleno de gracioso desorden acababa de embellecer el bosque de Boloña. De paso los parisienses admiraban el servicio de policía reorganizado y aumentado considerablemente, la viabilidad mejor organizada, el macadam substituyendo al empedrado, el servicio de aguas mejorado y desarrollado, la circulación pública facilitada por los ómnibus que empezaban á cruzar todos los barrios; y, por la noche, de regreso de sus paseos dominicales, se extasiaban ante los interminables cordones de gas que á uno y otro lado alumbraban las vías regulares, y, bajo la impresión de todas aquellas novedades, olvidaban las preocupaciones del momento y admiraban aquel París de Napoleón III, tan brillante, tan animado y tan hermoso, y deseaban que, á pesar de tan visibles señales contrarias, el segundo Imperio igualase por su renombre de sensata prudencia al seductor prestigio que á su brillo debía.

Espero que el lector me perdonará estos largos detalles que revelan bien la sociedad de entonces, con todo lo que la hizo vivir, la deslumbró y le dió la ilusión de una grandeza duradera. En casi todos los reinados, hay un momento á menudo difícil de retener y que constituye su apogeo. Ese momento no siempre es el más feliz ni realmente el más próspero, pero es aquel en que la paciente sumisión de los pueblos contiene las quejas ó las ahoga; en que los elementos de disolución no trabajan aún sino en secreto y con progresos inadvertidos; en que la Providencia, obrando al modo de ciertos pintores, coloca en bella y propicia luz todo lo brillante, bueno y generoso, mientras que relega á la sombra

(1) Memoria presentada por el prefecto del Sena á la comisión municipal, 21 de febrero de 1855.

(2) Circular del prefecto del Sena á los alcaldes de París, 25 de marzo de 1856. (*Monitor* del 1.º de abril de 1856.)

(3) Máximo du Camp, *Paris, ses organes, ses fonctions, sa vie*, tomo VI, págs. 256-257.

todo lo que es confusión, desorden é iniquidad. Con el año de 1856, los más inteligentes y perspicaces creyeron que había llegado aquella hora del apogeo, de tal modo la abundancia de favores divinos pareció marcar con una elección particular la dinastía napoleónica rejuvenecida. La victoria había puesto Sebastopol en nuestras manos: pronto se supo que en las Tullerías se preparaba una cuna; se tuvo luego noticia de que la criatura recién nacida era varón, y finalmente se firmó la paz. Hacía algún tiempo que el cólera había desaparecido: la carestía de las subsistencias era compensada por la elevación de los salarios; las inundaciones de las cuencas del Ródano y del Loira proporcionaron á la munificencia del emperador la ocasión de desplegarse y aumentaron la popularidad de su nombre. En la primavera y en el verano siguientes abundaron las fiestas: fiestas en el palacio de la Industria en honor de una Exposición agrícola celebrada un año después de la Exposición universal; fiestas en las Tullerías, á las cuales los príncipes extranjeros, ávidos de visitar la capital embellecida, acudieron en tan gran número como el año anterior; fiesta en Nuestra Señora cuando el cardenal Patrizzi, legado del Padre Santo, fué en nombre de Pio IX á tener en brazos al príncipe imperial en el bautisterio; otras fiestas, más hermosas que todas las demás, los días en que los regimientos, de regreso de Oriente, hacían su entrada en París. Seis meses después, en una ocasión solemne, parece que el emperador quiso marcar en términos más sentidos que de costumbre lo que él consideraba como el punto culminante de su destino. El 16 de febrero de 1857, al abrir la última legislatura del Parlamento, enumeró así los principales actos de su reinado y los insignes beneficios de que le había colmado el Cielo:

«Señores diputados: Puesto que ésta es vuestra última legislatura, permitidme que os dé las gracias por el fiel y activo concurso que me habéis prestado desde 1852. Proclamasteis el Imperio; os habéis asociado á todas las medidas que han restablecido el orden y la prosperidad en el país; me habéis sostenido enérgicamente durante la guerra; habéis compartido mis dolores durante la epidemia y durante la escasez; habéis compartido mi alegría cuando el cielo me ha concedido

una paz gloriosa y un hijo queridísimo; vuestra cooperación leal me ha permitido establecer en Francia un régimen basado en la voluntad y en los intereses populares. Era una misión difícil de llenar, y para la cual se necesitaba un verdadero patriotismo, la de acostumbrar al país á nuevas instituciones. Reemplazar la licencia de la tribuna y las luchas emocionantes que determinaban la caída ó la subida de los ministros por una discusión libre, pero tranquila y seria, era un señalado servicio prestado al país y á la misma libertad, pues la libertad no tiene enemigos más temibles que los desbordamientos de la pasión y la violencia de la palabra.

»Merced al concurso de los grandes cuerpos del Estado y á la abnegación del ejército; merced sobre todo al apoyo de este pueblo que sabe que todos mis instantes son consagrados á sus intereses, vislumbro para nuestra patria un porvenir lleno de esperanza.

»Sin lastimar los derechos de nadie, Francia ha reconquistado en el mundo el rango que le convenía y puede entregarse con seguridad á todo lo que produce de grande el genio de la paz. Que Dios no se canse de protegerla, y pronto podrá decirse de nuestra época lo que un hombre de Estado, historiador ilustre y nacional, ha escrito del Consulado: «*La satisfacción estaba en todas partes, y todo el que no abrigaba en el corazón las malas pasiones de los partidos se alegraba de la felicidad pública.*»

En nuestros días y bajo la persistente preocupación de los acontecimientos que siguieron, no es posible leer sin una triste emoción estas palabras triunfantes. Más afortunados que nosotros, los contemporáneos no vieron más que el presente asegurado. Les impresionó favorablemente que el soberano, con una generosidad que nadie le pedía, hiciese recaer sobre la nación el honor de sus éxitos. Acabaron de persuadirse, unos con alegría y otros con resignación, de que la dinastía napoleónica estaba decididamente llamada á guiar la sociedad francesa hacia las nuevas orillas y á desarrollar la democracia conteniéndola. El lenguaje imperial fué sinceramente aplaudido. Y aquello fué el apogeo, pues como vamos á ver estudiando el estado de los partidos, el poderío del emperador era completado por la impotencia de todo lo que no era él.

LIBRO DÉCIMO

EL IMPERIO Y LOS PARTIDOS

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—El partido republicano en el extranjero: de cómo los republicanos se dispersaron después del golpe de Estado; Bélgica é Inglaterra son los dos principales puntos de refugio.—Bélgica: llegada de los proscritos: susceptibilidades del gobierno francés y apuros pasajeros del rey Leopoldo: vida de los desterrados en Bélgica, sus ocupaciones profesionales, sus manejos, sus manifestaciones.—Inglaterra: tristezas, decepciones, discordias y pobreza; la *Commune revolucionaria* y tentativas de manejos en Francia: los principales proscritos: de cómo tienen que precaverse de sus amigos más exaltados.—De cómo los indultos sucesivos disminuyen el número de desterrados.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los republicanos en Francia: su impotencia.—El periódico *Le Siècle* y su papel singular.—Vida y ocupaciones de los principales jefes: miseria de un gran número de demócratas: fondos reunidos y distribuidos por el Sr. Goudchaux.—Obscuros y criminales manejos en el partido demagógico: complot del Hipódromo y de la Opera Cómica: atentado de Perenchies: atentado de Pianori: Bellemare; alarmantes informes de la policía.—Tentativas de trastornos con motivo de ciertos funerales: exequias de Arago: exequias de Lamennais: algunos manejos en provincias: de cómo se espera que la carestía de víveres los favorecerá: extraña escaramuza en Trelazé.—Desaliento general.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los legitimistas: su actitud después del golpe de Estado: importantes elementos de influencia que les quedan.—El conde de Chambord.—De cómo las instrucciones de este príncipe reducen su partido á la abstención: errores en que se apoya esta conducta.—Napoleón III y el partido legitimista: persecuciones benignas: algunas defecciones.—Organización del partido: Berryer y Falloux: acogida reservada á sus consejos.—Inmovilidad é impotencia.
- IV.—El partido orleanista: Napoleón III y los orleanistas; causas de su antipatía contra ellos.—Los príncipes de Orleans.—Negociaciones para la fusión: aplazamiento indefinido de este proyecto: causas generales de este aplazamiento.
- V.—La coalición liberal: algunos de los rasgos particulares que la distinguen.—Carta de Dupin á Montalembert é incidente que esta carta origina.—El *Diario de los Debates*: sus tendencias, su espíritu, su redacción.—El *Instituto*: de cómo los parlamentarios lo convierten en plaza de seguridad: sesiones de la Academia francesa: recepción de Berryer, de Sacy, de Broglie, de Falloux y de Biot.—El gobierno y la Academia.—De cómo esta oposición, aunque brillante, es poco de temer.—Sobre qué terreno se afirmará más tarde.

I

Nos proponemos agrupar en el presente libro las raras manifestaciones de los que por convicción ó por imposibilidad de cambiar permanecieron rebeldes ó al menos refractarios á la política imperial.

De todos los partidos, el que desde luego llama la atención como el más duramente castigado es el partido republicano. Vamos á seguir sus destinos en el extranjero y en el suelo patrio.

Cuando las noticias llegadas de todas partes no habían dejado subsistir duda alguna acerca del éxito del golpe de Estado, un pánico inmenso se había apoderado de todos los que habían dirigido la resistencia ó habían intervenido en ella. Jefes y soldados se apresuraron á pasar la frontera huyendo de las reacciones que no podían faltar. Los insurrectos del Sudeste huyeron á Niza ó al Piamonte. Los del Sudoeste pasaron los Pirineos y se ocultaron en España, desde donde algunos se embarcaron más tarde para la América del Sur. Los de Lyon y del Jura buscaron un refugio en Suiza y particularmente en Ginebra. Los del Centro se refugiaron unos en los bosques y otros en alguna casa amiga, desde donde, á merced de un disfraz, huyeron á Alemania, á Bélgica ó á Inglaterra. Así fué que se encontraron allende la frontera los representantes á quienes alcanzaban los decretos presidenciales, los condenados por las Comisiones mixtas y todos aquellos que se habían

impuesto voluntariamente el destierro á fin de evitar un destino más cruel.

No todas las comarcas fueron igualmente propicias á los proscritos. En el Piamonte encontraron disposiciones poco hospitalarias y un deseo tan grande de complacer al emperador, que esta complacencia parecía amenazadora para su seguridad. En Suiza la acogida fué mejor, pero también con un temor muy grande á las reclamaciones francesas. Alemania era repulsiva á causa de las costumbres autoritarias de sus gobernantes y de las dificultades casi invencibles de su lengua. Después de algunas idas y venidas indecisas, la emigración, aunque bastante numerosa en Suiza y en Turin, se dividió sobre todo en dos focos principales: Bélgica y la Gran Bretaña.

Todos los informes de la policía belga, todas las memorias contemporáneas mencionan la impresión que causó en Bruselas la llegada de los primeros proscritos. Era á últimos de diciembre de 1851 cuando se les vió aparecer por primera vez en las galerías de San Huberto. Se encontraban, se reconocían con dificultad, pues la mayor parte iban disfrazados y se enseñaban riendo los falsos pasaportes que habían protegido su huida. Sin embargo, por su acento y por la animación de su lenguaje se distinguían fácilmente. Formaban grupos y hablaban en voz tan alta que llamaba la atención de los transeuntes. Cuando armaban demasiado bullicio, la policía los dispersaba, pero con suavidad como hacen los